



Porque su nombre era Bella y quería seguir bailando...

Isabel Moreno García: *Pasos*. Plaza y Valdés, Madrid, 2013.

Julio García Caparrós

Si sólo leyésemos a la hora del crepúsculo, muy pocos libros serían capaces de satisfacer a nuestro espíritu. Los negocios del día, convertidos para entonces en nuestra segunda naturaleza, las más de las veces impiden que la lectura trace su particular mapa de la ternura. Y sin embargo hay uno, ahora entre mis manos, que por sí solo parece invitarnos al Bosque del Silencio. A medias confusos y admirados éste parece el destino al que somos invitados, como si alguien nos condujese sin apremio ni duda de la mano. Lo que nos sorprende no es el titubeo entre la prosa poética y la ficción sino el fruto de una elección incalculable. Se diría que ha trenzado, para nosotros lectores escépticos, una guirnalda que posee el colorido aún milagroso de la verdad. Esa verdad, que no tiene nada que ver con la indecisión, es la que vuelve todavía más enigmática y cautivadora a la conductora. Porque la verdad es un tono singular que se nos ofrece, un alma en definitiva, aunque derramados por los senderos de estos brevísimos relatos. Un tono y un alma son, quién podría negarlo, dones serios y sin embargo nada en esta ofrenda pretende abrumarnos. Profunda es el alma pero esto sólo puede adivinarlo quien se advierta tocado antes por luminosa levedad. Lo grave agrava mientras que un paso de baile bien concertado, como tantos de los que hallamos en este libro, sabría insinuar más espacios y aún más abismales de los que caben en otros pasos procesionales ¿Y si eso que llamamos el alma fuese sólo una jaula llena de palomas, igual que en el célebre óleo de Magritte? O puede que la precisa química de escucha y reflexión, así combinadas, produzca un tercer elemento más precioso y al mismo tiempo más inestable. Me refiero a la poesía, pues es allí donde la identidad mejor se calcina o dispersa. Un poco como lo hace un rostro cuando por imprevisión el espejo se hace trizas contra la losa.

De esta manera nos magnetiza cada uno de los pasos sin que alcancemos a reconocer qué es lo que pasa. En realidad somos sobrepasados por ellos a pesar de que no falten, sino todo lo contrario, signos de concreción. Nos sorprende el sencillo goce de lo sensible y el punto de su anclaje viene a ser dibujado con neta precisión. Bastan un encuentro azaroso, la languidez de una conversación a media luz o la excursión que llega a su instante más regalado con los primeros fríos del final de la tarde. Del mismo modo encontramos objetos —un candelabro, un anillo— que apuntan a lo remoto con la discreción de lo que pertenece y permanece en su propia pertenencia.

Y sin embargo el acontecimiento por último desiste de la tranquilizadora dimensión del relato, por mínima y acogedora que ésta sea. El Bosque del Silencio, a menudo conmovido por una suave brisa, está todavía más allá o tal vez aquí mismo aunque en otra parte. Ese otro lado de la palabra es un ápice en el que se frunce o contrae el tiempo y donde ya no pasa nada porque el sentido se ha tornado demasiado estrecho y estricto. Es verdad que no pasa nada porque sólo puede pasar esto. El relato desistido es también y sobre todo el relato cumplido o definitivo. Tanto que uno tiene la impresión de que se nos ha mostrado el pasar mismo, siendo cada una de estas prosas pequeña puerta o cancela por lo que se accede al misterio.

La desnudez de los títulos viene a ritmar la secreta comunidad de este tiempo delicado e inasible. Tiempo de convalecencia porque, parece decirnos, todos estamos convalecientes de la vida si es que sabemos comprender: a veces el dolor es un hermano que avisa y otras la hermosura una adversaria que de pronto nos derriba. Algunos vivimos así, entre miniaturas de Guermantes y búcaros de serenidad. La serie de los títulos con frecuencia se independiza del fragmento que cada uno de

ellos encabeza: *Anónimo, Huella, El resplandor...* Un poco como lo hacen los arcanos mayores en una baraja revuelta de cartas adivinatorias. Porque caben en esta brevedad la luz prometida y la oscuridad que yace medio oculta. La celebración poética es siempre la más justa y con idéntica generosidad encumbra los augurios fastos y nefastos del día.

Todo cuenta y lo hace sin desvío. Hasta lo más cercano resulta ungido por el sagrado aceite de la atención. Aunque uno se resista al principio, extrañado de aquello común que ahora se nos presenta como poseído por una singular vibración mágica, es inútil el intento. Al final nos convence la elegante lección que Walter Benjamin recibe de Malebranche, ya que la atención es la plegaria natural del alma. En lo inmediato vive muy a gusto lo infinito y lo pequeño puede hacerse tan grande como para que posean privilegio especial alguno el desdén o el resentimiento.

Sobre este aspecto bastaría con señalar la confluencia de dos prosas adyacentes y trabadas desde sus respectivos títulos. En la primera, *Reflejo*, alguien consiente la evocación solar de sus recuerdos, aunque el tiempo los reconstruya y así fingidos se los devuelva al centro huidizo de sí mismo. ¿Por qué consentir aquello que tal vez no pueda merecer el salvoconducto de la veracidad? Para saberlo tenemos que volver los ojos hacia la siguiente página, esto es, hacia *Espejo*: “le pregunté que si con manga corta no tenía frío, me pidió que permaneciese ahí en silencio, porque su nombre era Bella y quería seguir bailando”. La lectura completa de *Pasos* tiene algo de arrobamiento místico porque estos pasos son todos ellos pasos lavados. Lo son porque parecen deshacerse en una especie de elegante ligereza. Dice Lao Zi que el buen caminante borra las rodadas del carro en el camino. Pero un paso lavado es en cierto modo todo lo contrario de un paso perdido. No hay rasguño que no cicatrice por el hecho mismo de nombrarlo ni partida que no llegue a suavizarse con los paliativos destellos de la belleza.

Es en verdad el Bosque del Silencio paraje deleitoso y, dejándome llevar de nuevo por la simpatía de los títulos, me detengo en *El espejo de un momento*, para afrontar los fastos y nefastos de cada instante. Por una parte se describe una cita fallida y por otra el más perfecto de los encuentros. Sobre la mesa un libro de Paul Éluard, como si la que espera desconcertada hubiese

hallado por fin algo que mereciese la pena esperar. No se nos dice cuál es la obra del poeta francés pero yo no puedo por menos que imaginar que se trata de *Capital del dolor* y que lo abre por una página en la que se lee: *La rivière que j'ai sous la langue, / L'eau qu'on n'imagine pas, mon petit bateau, / Et, les rideaux baissés, parlons.* Lo que asocio, a su vez, a la respuesta de Lacan que, en cierta ocasión, diese sobre la naturaleza del psicoanálisis: *un petit bateau*, ese barquito de silencios y palabras durante la conversación más aventurada. Pero preferiría no pecar de algo que en *Pasos* nunca se peca. Las alusiones culturales son pocas y como escogidas por la plenitud del lenguaje. Probablemente *Antes de 1900* tenga algo que ver con la publicación de la *Traumdeutung*, pero no se dice ni hace falta. Lo que de verdad vale es la humedad de la estufa en un jardín botánico a su vez innominado. “Dejé la nota de despedida encima del cenicero, y salí de la casa casi de puntillas, cerrando la puerta sin hacer ruido”. ¿Acaso no hay aquí, como atrapada en su nuez, toda una poética?

Escribir de puntillas para no despertar a los que duermen al fondo del corredor. Porque hemos sentido que ellos también sueñan con despedidas en las que, de repente, empuja y golpea la eternidad. Y la avidez de la vida y la decepción o lo que queda suspendido entre el abrirse de una carta inesperada o el lento y minucioso plegado una vez leída, eso es lo que pasa. Por eso es necesario que alguien lo retenga por nosotros pero sin fingir otra cosa salvo su mismo paso. Lo que se va también se queda, lo que fue no está dicho que no pueda volver a ser. La casualidad sólo existe para los que andan demasiado rápido y con los ojos vendados. Otros ven puentes y los dibujan en el aire o sobre una página en blanco. Claro que, aun con todo el esfumado de la conmemoración, se reconocen aquí y allá el desconuelo que grita, la enfermedad que nos abate o la pobreza peligrosa. Pero es que la vida no siempre resulta delgada ni uno puede recibirla a medias. Y *Pasos*, lo hemos dicho, tiene algo de plegaria, como una banderola escrita que repite su himno al cielo vacío con cada golpe de viento. Me habría gustado tanto ser el protagonista de alguna de esas historias, quién sabe si al escribir estas líneas no estaré de algún modo pasando a ese otro lado, como quien pide en voz baja una invitación y es aceptado.

Julio García Caparrós